

Fuente: Agustín de La Hoz

**E**ntre el inmenso arenal de Las Manchas y el mar de Penedo va quedando atrás La Caleta de la Villa, que de lejos no parece anunciar nada extraordinario respecto a la placidez de aquella cala preciosa. Empero, al fondo, el soberbio risco de Famara hiende el trémulo océano, inundado de sol, donde las islas del Archipiélago menor toman visos de verdadera fantasía en medio de la claridad que se derrama sobre la Rada de Penedo.

Litoral arriba se llega sin dificultad a la pintoresca Playa de San Juan, mucho más solitaria y, a la vez, mucho más irreal que la misma inasible Caleta, pues también el mar aquí anda cuajado, sin voz ni movimiento. Todo está quieto, y abrumba encontrarse entre tanta beatitud, tan inmóvil e insonora soledad. A poco tramo de esta playa sanjuanera está el promontorio de La Respingona, referencia de pescadores, y desde donde se inicia la ringla de pequeñas montañas que constituyen la cadena de Soo. La montaña Cavera es un cono volcánico de entrañas dormidas, aunque a principios del pasado siglo retemblara como tropel de cíclopes. No explotó este volcán en 1819, época de repetidos movimientos sísmicos, siendo en la actualidad una baja montañeta, arrugadísima como momia, sin más menesteres que dar su efímera sombra al erial de La Pereza. Cruzar el mar de arenas de La Pereza es cosa ardua, porque los vientos azotan *in perpetuum* el lugar, con sanguinaria libertad, lacerando al viajero como si fueran minúsculos orbitolines encabritados, hasta el punto de formar una ligera barrera, muy punzante, capaz de impedir el tránsito por estos andurriales de Eolo. Después del volcán Cavera, desde la costa hacia el caserío de Soo, está el de Montaña Chica,



a cuyos pies se extiende el solar más preferido de nuestro padre el Sol, conocido por Juan del Hierro. Este gran desierto arde por sus cuatro cardinales, y sólo la rara presencia de algún matojo rompe con la monotonía e ingratitud del paisaje. Digna de verse es la Caldera Trasera, cráter perfecto, trágico, cuya erupción data desde las fechas no registradas y durante las cuales emergió la cadena de Soo, probablemente hace más de mil años, como acontece con la montaña Mihera, en El Cuchillo, considerada como el cráter más antiguo de Lanzarote.

La Caldera Trasera, además, constituye una excelente vista hacia el mar, distinguiéndose perfectamente el caletón de La Puntilla y el temible rebolaje de Machín, por donde ningún pescador se aventura y huye de él como alma que se lleva el diablo. Es tradición que en este Rebolaje zozobró una goleta del siglo XVIII, cargada de azúcar, pero cuyos restos desaparecieron al instante debido al ímpetu devastador de las olas. Lo cierto es que el Rebolaje de Machín es *tabú* para los más diestros y sagaces marineros. La Costa Blanca se ve espejeante desde La Caldera, con la cala de Los Dises y Caleta del Caballo, está abrigada por la brava Punta Prieta, ya en la península Mejías, que tiene isleta y río liliputienses.

Bajando la Caldera Trasera, para andar un tramo y escalar la montaña de Soo, se oye el bramido del Océano Atlántico e incluso se oye el fuerte estampido de las olas al estrellarse contra los cantiles y arrecifes del noroeste insular. En la cumbre de la montaña de Soo el paisaje se entristece aún más, transformándose nos el presente en algo tan escurridizo que apenas si de tal sensación se llega a tener plena conciencia. El tono gris del horizonte y la infinita angustia del gran desierto del Jable, abierto ahora de par en par delante del humilde caserío de Soo, hacen que el presente se filtre como una gota de agua caída sobre estas ardientes arenas:

*«¿Por qué a mi helada soledad viniste  
cubierta con el último celaje  
de un crepúsculo gris?... Mira el paisaje,  
árido y triste, inmensamente triste».*

Las casitas de Soo se reparten graciosamente entre las faldas de Pico Colorado y Montaña de Soo, y huyen del arenal para trepar por ambas laderas. Son casas blancas, casas del desierto, casas morunas. Uno entra en Soo y piensa que acaba de llegar a uno de esos minúsculos poblados que hay diseminados en las altiplanicies del Atlántico fronterizo al Sáhara. La pobrísima estampa de Soo, a base de viviendas chiquititas, con pocos huecos al exterior, con sus particulares hornos al margen de las cocinas, sus particulares muladares, sus moscas comunes y verdes, sus tipos cenceños y endilgados, y sus mujeres embozadas de pies a cabeza, a la moruna moda, dan por sí mismo fe de una ascendencia etnológica insoslayable.



Sin duda, Soo tiene sangre *semita* y su gente es morena, braquicéfala, de pelo y ojos negros, que corresponde al tipo preponderante de *majos* de los siglos XVI y XVII, afincados por orden de los Marqueses de Lanzarote en la zona del Jable, juntamente con los esclavos moriscos de los Herrera-Peraza, a quienes después del R. D. de Felipe III, en 1610, matrimoniaron con las indígenas, saliendo de tal «conveniente» amasijo una nueva raza que, acaso, tenga en la actualidad su más esclarecida representación. Si la consideración etnológica nos define al tipo de Soo como «mediterráneo» o «semita», en su carácter nos descubre un tipo de alma mora y tesón insular. Cosa curiosa es el atavío de las mujeres, cuyos rostros andan siempre ocultos debido al modo de usar la pañoleta, que arrebuja torso arriba para hacer desaparecer toda forma femenina. Aún sobre la pañoleta, de riguroso negro, como sus trajes talares, se calan la clásica sombrera del país, bajando bien las alas para que éstas oculten asimismo la línea visible de su ojos.

El poblado de Soo es leguleyo e inquisidor, y sus adustos varones, por saber leyes, se saben, a veces, tal cual que el B. O. del E. piense publicar tal cual día. Ilustres letrados de Arrecife afirman que los individuos de Soo pasman por el conocimiento que tienen acerca de sus derechos, hasta el punto de haber varones que saben de memoria insospechados asuntos del Código. Sin embargo, las mujeres son enigmáticas, de ojos profundos y negros, siendo digno de anotar su amor al hombre elegido, no tolerando ninguna traición por parte del cónyuge:

*«Sonó la voz del cerrojo,  
la intrusa luz, irrumpiendo,  
descubrió sobresaltado  
sobre la cama al cabrero.  
¡Sálvala, oh Dios!, se decía,  
¡oh, Dios!, atiende a mis ruegos,  
que aunque parezca serena  
y su propósito es bueno,  
si no media tu bondad  
estoy viendo que la pierdo:  
que es de Soo, y lleva en sus venas  
la tragedia de los celos».*<sup>1</sup>

Cierta vez un joven osó hacer burlas de sus amores con una moza de Soo, en pleno «baile candil»<sup>2</sup>, mas ella nada objetó y, silenciosa, salió del cuartucho no sin provocar entre los asistentes numerosos santiámenes. En efecto, al siguiente día encontraron muerto de un tenicazo al «tenorio» de la noche anterior. Sucesos de esta índole siempre fueron frecuentes en Soo, si bien hoy son bastantes escasos. Empero sigue siendo ley inalterable, y con todas sus consecuencias, que quien se arrime a una «soona» no la tocará sino en la sacristía, porque de lo con-



trario sonarán palos y piedras sobre la cabeza del afrentoso, y si con esto no bastara brillarian entonces las navajas y cuchillos hasta que la chica quedase «limpia» de vergüenza.

El triunfo agrícola de Soo consiste en el inverosímil cultivo de la sandía, que desde siempre ha estado considerada como el mejor manjar de verano que comerse pueda nadie. La vega de Soo está totalmente dedicada a las cucurbitáceas, cuyos frutos de encendida pulpa, dulces y aguanosos, asoman su verde-obscura redondez entre el rastrero tallo de las plantas. La sandía de Soo tiene, sin duda reconocida fama en el mercado nacional, siendo Barcelona una de las ciudades españolas que más se deleita gozando del fresco almíbar incomparable. De cómo la sandía se hace apoteosis en este ardiente desierto, explicado queda porque las arenas voladoras, siendo de origen orgánico, traen consigo alguna humedad desde las orillas atlánticas, conservándola gracias a la capa superficial que se forma sobre el suelo, por rápida evaporación, quedando humedecida la parte inferior. Las brisas del norte, en especial, las que llegan desde la rada de Penedo, aportan humedad al desierto de Soo durante la noche, y que la antedicha capa superficial resguarda del ardiente sol.

Salvador Rueda ha cantado así a la sandía:

*«Cual si de pronto se entreabriera el día,  
despidiendo una intensa llamarada,  
por el acero fúlgido rasgada  
mostró su carne roja la sandía.  
Carmin incandescente parecía  
larga y deslumbrante cuchillada,  
como boca encendida y desatada  
en frescos borbotones de alegría».*

Esta fiel interpretación de los momentos en que nos disponemos a gozar de la dulzura y frescor de esta fruta, se repite de continuo en la recolección durante la cual nadie que llegara a Soo dejaría de ser invitado a saborear la pulpa encarnada y chorreante de la sandía.

Además, Soo, cosecha ricos melones dorados que saben a la carne del conejo salvaje, una carne prieta y, a la vez, rala; muy dulce y, a la vez, con cierto amargor como si fuera resbalando garganta abajo algo de almendra y de miel.

Así es el pueblo de Soo, indolente, leguleyo y enigmático, que parece vivir sin prisa, sin presente ni porvenir. Nunca mejor que ahora, cuando ya dejamos a Soo y a su triste ermita, para recordar aquel voto popular en tiempos de Pericles<sup>3</sup> que aprobaba la ley para castigar severamente a los que propalaran teorías astronómicas, «en las cuales se advierte la voluntad del alma antigua, decidiendo a borrar de su conciencia el pretérito». Es ese el verdadero tiempo en que pa-



rece vivir Soo, porque al contrario de todos los pueblos de la isla, manifiesta, en cualesquier circunstancia, su falta de interés por el presente y por el porvenir.

Todavía se recuerda al legendario cura don José García Durán, natural de Lanzarote y propietario de la Capellanía de Soo, quien acaso poseído del mismo espíritu retrógrado silenció por mucho tiempo el primer cultivo de la barrilla<sup>4</sup> en esta isla. Según Viera, fue el cura García Durán quien introdujo en Lanzarote esa planta rastrera, roja y sudorosa, que los botánicos designan «escharcada», cuando al volver de su cautiverio de Salé, en 1740, y después de conocer entre moros el empleo de las cenizas de dicha planta, trajo consigo semillas que cultivó en su Capellanía de Soo, silenciando no solamente el valor de la planta sino además su existencia. Únicamente, cuando ya se hizo una verdadera plaga en los arenales de Soo comenzó a ser conocida, y asegura Viera que cierto patrón veneciano, llamado Sanqui, la adquiría a cuatro reales el quintal. A partir de 1782 ya hubo en Soo industria y comercio de barrilla, llegando Lanzarote a exportar en 1808 unos 120.000 quintales, que se aumentan en los dos próximos años hasta los 150.000 quintales, a razón de 90 reales.

Apartada del caserío, rodeada de rubios y atormentados arenales, sobrevive la triste y humilde ermita del cura García Durán, la de los dos Sanjuanés<sup>5</sup>, con su techo de adobe, sin tejas, y su campanario de tres palitroques, su pequeña puerta y su calvario de cruz humilde. Es el intacto pasado de Soo, como sus cenceños y endilgados varones, como el atávico embozo de sus mujeres y, sobre todo, como su indigenismo ancestral, que conserva la devoción y el agradecimiento a la Orden de los Trinitarios, redentora de aquellos primeros esclavos que padecieron por estas malezas de Dios...

## NOTAS AL CAPÍTULO

---

1. Fragmento del romance «Tragedia de Soo», original de Leopoldo Díaz Suárez.
2. El «baile candil» es cosa muy popular de Canarias, aunque en Soo constituye aún hoy diversión acontecida.
3. Spengler.
4. De las plantas barrilleras utilizadas en Canarias, las dos más importantes —dice don Simón Benítez— son las que denominó Linneo *Mesembryantum crystallinum* y *Mesembryantum nodiflorum*.
5. San Juan el Evangelista y San Juan el de Mata. Data esta ermita del año 1771 y, acogiéndose a la escritura existente en la ermita de San Rafael (Teguise), reclamó la imagen de San Juan Evangelista, solemnemente trasladada a Soo en 1772.